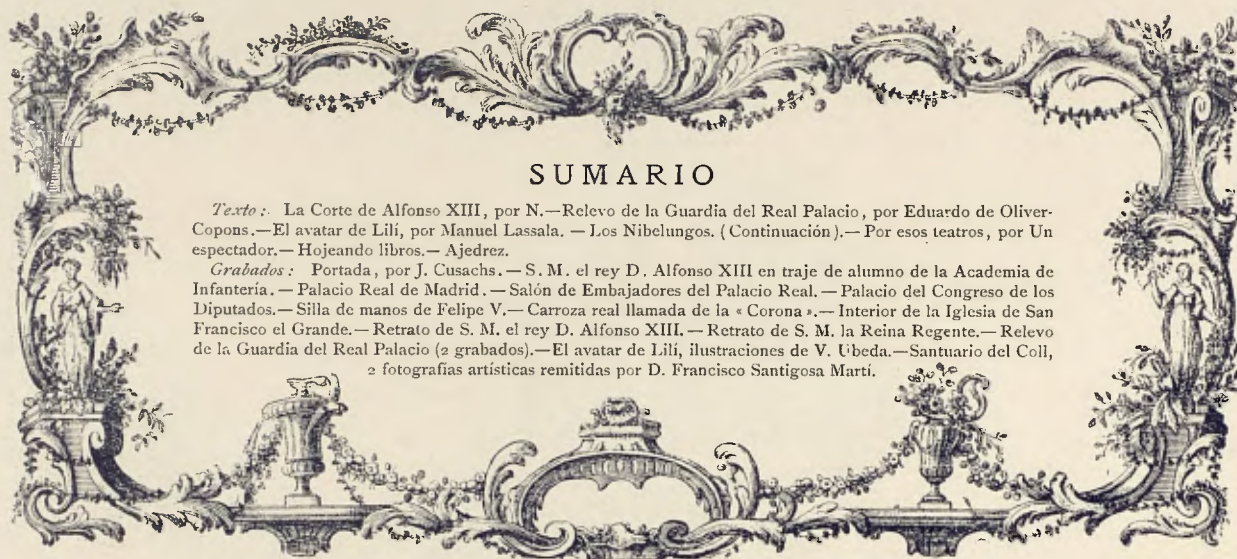


HISPANIA



L. Casado
1895

Número suelto, DOS REALES



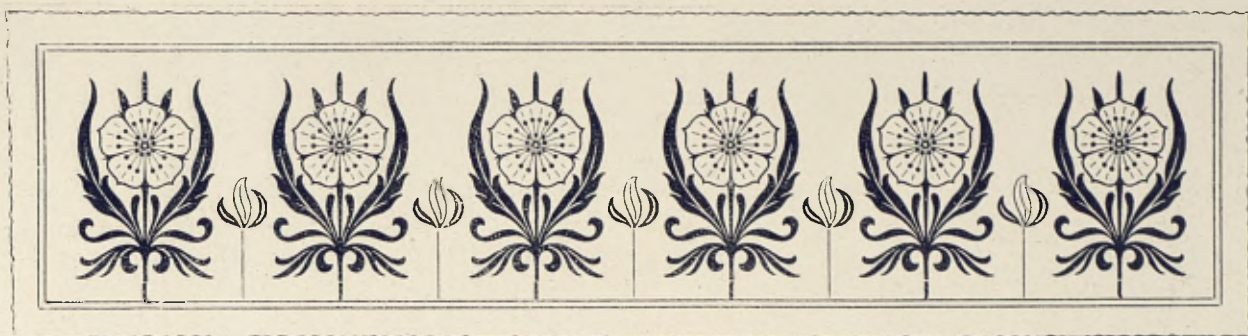
SUMARIO

Texto: La Corte de Alfonso XIII, por N.—Relevo de la Guardia del Real Palacio, por Eduardo de Oliver-Copons.—El avatar de Lili, por Manuel Lassala.—Los Nibelungos. (Continuación).—Por esos teatros, por Un espectador.—Hojeando libros.—Ajedrez.

Grabados: Portada, por J. Cusachs.—S. M. el rey D. Alfonso XIII en traje de alumno de la Academia de Infantería.—Palacio Real de Madrid.—Salón de Embajadores del Palacio Real.—Palacio del Congreso de los Diputados.—Silla de manos de Felipe V.—Carroza real llamada de la « Corona ».—Interior de la Iglesia de San Francisco el Grande.—Retrato de S. M. el rey D. Alfonso XIII.—Retrato de S. M. la Reina Regente.—Relevo de la Guardia del Real Palacio (2 grabados).—El avatar de Lili, ilustraciones de V. Ubeda.—Santuario del Coll, 2 fotografías artísticas remitidas por D. Francisco Santigosa Martí.



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN TRAJE DE ALUMNO DE LA ACADEMIA DE INFANTERÍA



La Corte de Alfonso XIII

MADRID, la capital de la monarquía española, acaba de ser teatro de un memorable suceso, de un acontecimiento cuyo recuerdo guardará la historia de una manera perdurable. El Rey Alfonso XIII, llegado á su mayor edad, acaba de jurar en la coronada villa el respeto á la Constitución, sentándose por primera vez en el trono de sus mayores, ocupado durante los dieciseis años de su menor edad por su augusta madre, la dama cuyas virtudes son reconocidas por todos, hasta por los mismos enemigos de la monarquía.

De hoy más, en el trono que ocupara Alfonso XII, se sentará su vástago y heredero.

Dios quiera que se realicen las esperanzas que tienen puestas en el nuevo Rey tantos y tantos millares de españoles, ganosos de que su país emprenda nuevos derroteros que les conduzcan á una felicidad completa.

Mientras esperamos un porvenir brillante y lisonjero en que impere por completo la justicia y se dé á cada cual lo que de suyo le pertenece, creemos del caso recordar los testimonios de las grandezas pasadas, que constituyen tal vez el mayor encanto de la coronada villa y los cuales están estrechamente relacionados con la vida del Rey y muy particularmente con las ceremonias que han tenido lugar con motivo de su entrada en la mayor edad.

El palacio real, el monumental edificio donde ha pasado su niñez el nuevo monarca, es por su imponente majestad y el hermoso aspecto que presenta, uno de los mejores que se conocen por lo que respecta al objeto á que está destinado. Fué comenzado en 1735 por disposición de Felipe V en el mismo sitio que ocupaba el antiguo alcázar, destruido por un incendio el día de Nochebuena del año anterior. El rey ordenó al arquitecto don Felipe Juarra, natural de

Mesina, que trazara los planos de la nueva morada; pero el plan resultó tan vasto y dispendioso, que todos los tesoros de las Españas no hubieran bastado para llevarlo á cabo, por lo cual el arquitecto hubo de reducirlo á menores proporciones, y aun así el Real Palacio presenta un cuadrado que mide por cada lado 150 metros de longitud por 33 de altura. Cerca de veintisiete años transcurrieron antes de estar habitable, y la circunstancia de haberse construido en un terreno desigual hizo que las obras fuesen más difíciles y costosas, habiéndolas dirigido el arquitecto don Juan Bautista Sacchetti por fallecimiento de Juarra. Monstruosos muros de contención que llegan hasta el ángulo de las caballerizas sostienen esta enorme masa de piedra. No es posible en el breve espacio de que disponemos, hacer una reseña siquiera compendiada de este notable edificio: el examen de la adjunta lámina suplirá esta deficiencia por lo que respecta á su aspecto exterior, y á la estructura de sus cuatro fachadas que dan á la plaza de Oriente, á la de Armas, al Campo del Moro—donde se celebró durante las fiestas de la coronación una animada *garden parti*—y á las caballerizas. En cuanto á su interior, es verdaderamente suntuoso.

Entre sus principales salones, figura en lugar principal el llamado Salón de Embajadores y también del Trono, el más espacioso y rico del palacio y el cual está destinado á las ceremonias oficiales y grandes recepciones. Ocupa el centro de la fachada principal en la que tiene cinco balcones, y todas sus paredes están cubiertas de terciopelo carmesí bordado de oro; en la parte fronteriza á los balcones, se halla situado sobre un estrado el sillón que sirve de trono cobijado por un magnífico é historiado dosel; á la izquierda se ve una estatua que representa la Justicia, á la derecha otra representando la Prudencia, y en los



Company, fot. - Madrid

PALACIO REAL DE MADRID



SALÓN DE EMBAJADORES EN EL PALACIO REAL DE MADRID

ángulos que forman las gradas hay cuatro leones de bronce dorado. Constituyen el adorno de este rico salón grandes y hermosas arañas de cristal, enormes espejos de lunas venecianas, mesas antiguas de mármol con pies dorados y sobre ellas bustos de la misma piedra ó de pórfido, figurando entre los primeros dos que representan las testas de los hijos de Agripina, y además otros valiosos adornos. Entre estas mesas hay intercaladas estatuas, obras de los más renombrados artistas. Las pinturas de la bóveda, debidas al pincel del famoso Juan Bautista Tiepólo, representan la monarquía española asistida por las Virtudes y rodeada de sus Estados en uno y otro hemisferio. Además de esta alegórica pintura, hay otras sobre las puertas, así como en los medallones de los cuatro ángulos. Por su artístico conjunto y riqueza, es este salón uno de los primeros de los palacios de Europa.

Entre los construídos durante la dinastía de que es el último vástago el monarca Alfonso XIII, en el cual son á millares los españoles que han puesto las más halagüeñas esperanzas, hay el que en la plazuela de las Cortes de Madrid ocupa la Cámara popular ó Congreso de los Diputados, en cuyo salón de sesiones tuvo lugar la solemne ceremonia de la jura de S. M. Se empezó á construir en 1843 reinando doña Isabel II quien colocó la primera piedra. Además de la fachada principal, que da á la plaza citada, tiene otras en las calles de Floridablanca, Sordo y Florín. Ocupa una superficie de 42.692 pies; es de forma irregular y está fabricado de ladrillo excepto la fachada, que es de granito y piedra caliza: hállase sobre una cuesta cuyo desnivel es de 14 pies y medio en sentido longitudinal. El pórtico forma un cuerpo saliente con seis columnas corintias estriadas, y contiene un frontón, obra del escultor don Ponciano Ponzano, representando á España abrazada á la Constitución del Estado, con la Fortaleza, las Bellas Artes, el Comercio, la Agricultura, los Ríos y Canales, la Justicia, el Valor, la Industria, la Navegación, la Paz y la Abundancia. A ambos lados de la escalinata, sobre dos cuerpos salientes, descansan dos leones de bronce, modelados por el citado escultor y fundidos en Sevilla con el metal de los cañones cogidos al enemigo en la guerra de Africa. En el fondo del pórtico está la puerta principal que solo se abre en las ceremonias oficiales de la apertura de Cortes; por las calles de Floridablanca y Florín tienen entrada los Diputados, y las tribunas públicas por la del Sordo. En este edificio se hallan distribuidos los departamentos siguientes: salón de sesiones, salón de conferencias, secretaría, gabinetes de lectura y de escritorio, sala de Presupuestos, gabinete del Ministerio, gabinete del Presidente, etcétera.

Las obras llevadas á cabo por los antecesores del

Rey cuya coronación acaba de tener lugar, son muy numerosas, como lo son los testimonios de su grandeza y su fastuosidad. Para hacerse cargo de la que desplegaron algunos de aquellos al presentarse en público, basta hacerse cargo de los objetos que se guardan en el Palacio Real.

En las caballerizas de éste se conservan algunas sillas de manos más bien como recuerdo histórico que como objetos de utilidad inmediata, pues hasta ha caído en desuso la costumbre practicada años atrás de sacar alguna de ellas, como vehículo de respeto, cuando el monarca asistía á la procesión del Viernes Santo. Una de las sillas de manos más notable es la llamada de Felipe V, cuyo estilo general es de lo más exquisito del tiempo de Luís XV; toda su armadura es de talla delicadísima, dorada; sus tableros llevan pintadas preciosas composiciones en las que campean caprichosos grupos de amorcillos y flores, está forrada de raso carmesí, que lleva bordados con profusión ricos adornos de oro, de lo cual son también los gruesos cordones que sirven para cerrar la puerta y correr las cortinillas, y su techo remata en una corona real, que se cree añadida posteriormente. Tanto ó más lujosas que ésta debían ser las sillas de manos usadas por las principales damas de la corte á principios del siglo XVIII, toda vez que el mismo Felipe V tuvo que dictar en 1723 una pragmática poniendo coto al despilfarro y ostentación de que en ellas se hacía gala.

También en las caballerizas reales, tan encomiadas por los extranjeros, se conserva una suntuosa colección de carrozas que, si no llaman la atención por su antigüedad, pues datan de los reinados de Carlos IV y Fernando VII, en cambio son verdaderas joyas por su buen gusto artístico, (del estilo francés denominado «Imperio»), por lo delicado del trabajo y por las riquísimas materias empleadas en su construcción, pudiendo asegurarse que son dignas de la pompa desplegada por nuestros monarcas en las ceremonias oficiales. Todas son carrozas suspendidas, con los juegos y el armazón de hierro dorado, y las cajas de maderas escogidas con incrustaciones de bronce; exórnalas bellas pinturas de gusto pompeyano, á veces hechas sobre cristal y preciosos ornatos consistentes en guirnaldas y roleos también pintados, é interiormente están forradas de valiosos tejidos de seda labrada. Estas carrozas se distinguen con nombres especiales, y por ejemplo, una se llama la «de cifras» por las de Fernando VII que lleva en las portezuelas; otra la de «tableros dorados», cuya orla de flores la embellece en alto grado; otra la de «concha», por estar toda su caja recubierta de esta materia; otra la de «caoba», y en fin, otra, la de «la corona real», que es la representada en la adjunta lámina, por llevar en su techum-



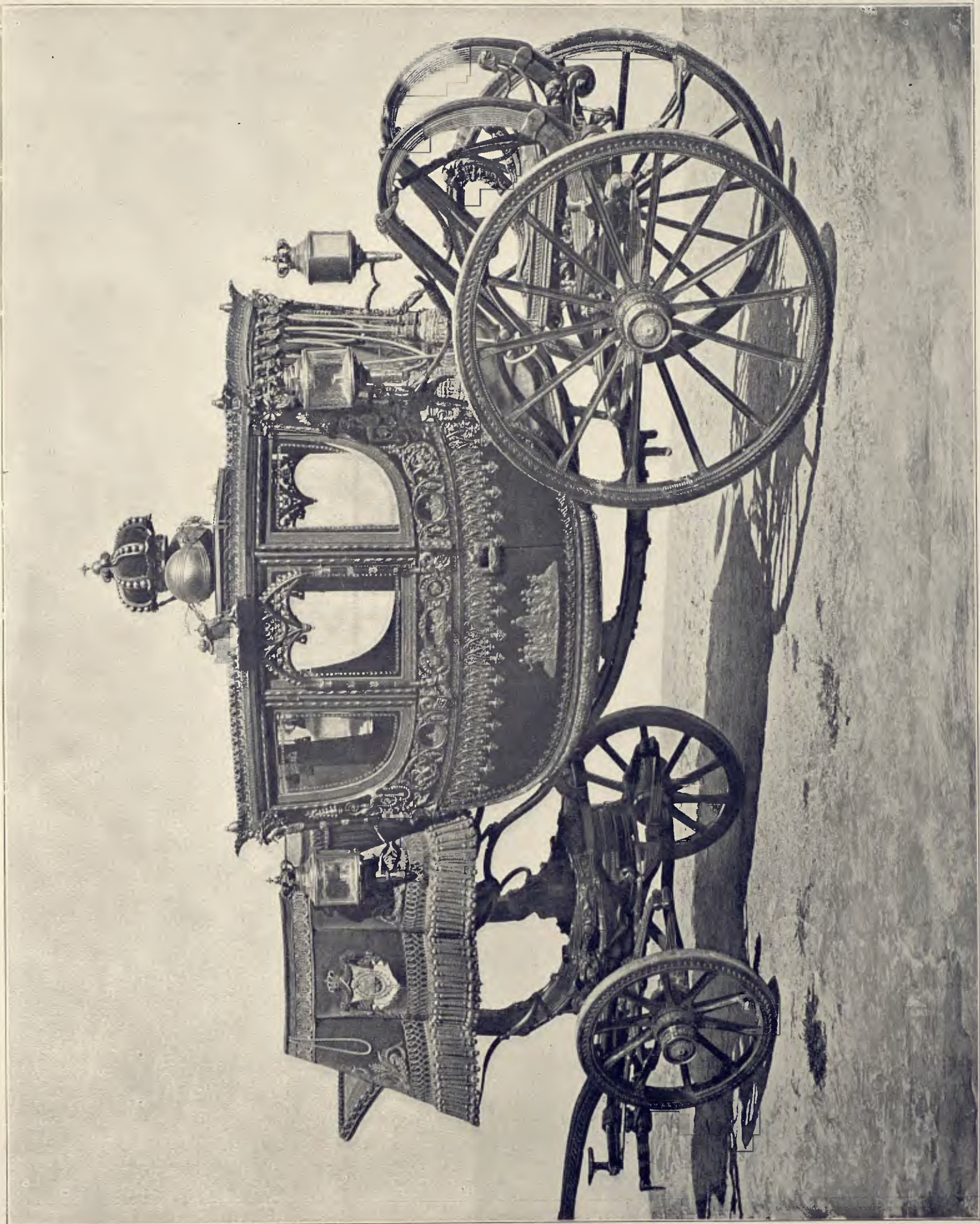
PALACIO DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Company, fot. Madrid



SILLA DE MANOS DE FELIPE V

Laurent, fot. Madrid



CARROZA REAL LLAMADA DE LA « CORONA »



INTERIOR DE LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO EL GRANDE

bre una hermosa corona sobre dos mundos. Estas carrozas sólo suelen exhibirse con ocasión de bodas de reyes y príncipes, bautizos de éstos, apertura de cortes, y otras solemnidades análogas, como lo han sido las fiestas celebradas recientemente, con motivo de entrar en la mayor edad el joven monarca que ha de regir en adelante los destinos de España.

Durante la menor edad de S. M. Alfonso XIII dióse feliz término á la restauración, concluída en 1889, del templo de San Francisco el Grande, el mejor sin duda de la capital de España. Dicho templo — bajo cuyas bóvedas resonaron solemnes las notas del Te-Deum cantado con motivo de entrar el Rey en su mayor edad—tuvo origen en una modesta ermita, construída por San Francisco de Asís cuando, á principios del siglo XIII pasó por Madrid en peregrinación á Santiago, y por sucesivas ampliaciones ha llegado á ser

lo que es hoy. La obra del templo actual, comenzada en 1761, corrió á cargo de un lego llamado Fr. Francisco Cabezas, que lo levantó hasta la cornisa, concluyendo la construcción el arquitecto Sabatini. En 1880 se dieron órdenes para su restauración, costeada con fondos de la Obra pía del Ministerio de Estado, y á decir verdad se ha efectuado suntuosamente, tomando parte en ella los artistas españoles más renombrados. Los magníficos frescos que adornan el templo, cuya descripción no es posible hacer por demasiado prolija, son obra de pintores tan célebres como Contreras, Ribera, Plasencia, Jover, Domínguez, Martínez Cubells, Ferrán, Casado y otros, y las estatuas de santos, profetas, apóstoles, jueces, etc., de Suñol, Samsó, Benlliure y Bellver. Tanto las esculturas, como los cuadros, frescos y alegorías, son un prodigio de ejecución y de arte.



Relevo de la Guardia del Real Palacio

UNO de los espectáculos más genuinamente cortesanos que se puede presenciar en Madrid y que dentro de su relativa sencillez ofrece cierto carácter de simbólica grandeza, es el relevo de la Guardia en el Real Palacio, al que acuden constantemente gran número de espectadores, provincianos en su mayoría, que no regresan á sus hogares sin haberlo visto alguna vez.

Se efectúa el acto en la espaciosa plaza de Armas que, merced á las obras realizadas por la Reina Regente, es hoy una de las más bellas que adornan los palacios de los soberanos europeos.

Forman la guardia tres secciones de infantería con bandera y música, al mando de un capitán y tres subalternos; una sección de artillería y otra de caballería, mandadas por tenientes, y el conjunto á las órdenes de un jefe, servicio en el que alternan todos los de la guarnición.

A las diez y media de la mañana todo el año, á escepción del verano que es á las ocho, se verifica el relevo. La guardia saliente espera á la entrante en correcta formación, en línea perpendicular al palacio, á la derecha

de su puerta principal, delante del arco de Santiago.

Entra la que ha de relevarla, á paso lento, batiendo marcha las músicas y bandas, y evoluciona para colocarse frente de ella, en cabeza la infantería, después la caballería y finalmente la artillería. Una vez colocada se saludan ambos jefes, que permanecen reunidos en el centro y se procede al relevo de los centinelas, en lo que se emplea bastante tiempo, durante el cual las músicas, colocadas al pie de los balcones de palacio, tocan sucesivamente escogidas piezas que escucha regocijada la multitud, por más que no aplauda por impedirlo la etiqueta.

Terminada aquella operación, desfila la guardia saliente por delante de la entrante, haciendo ésta los mismos honores que habrá recibido.

Al cruzarse las banderas, ambas se saludan inclinándose, y el público, á despecho del positivismo que nos invade y de la indiferencia que engendra la rutina de todo lo que se ve repetidamente, saluda también ó al menos guarda momentáneo silencio, que es otra forma de respeto y á veces la más sincera.

Al salir de la plaza de Armas, con la venia del jefe



S. M. el rey Don Alfonso XIII



S. M. la Reina Regente

se disgregan las fuerzas marchando á sus respectivos cuarteles. La guardia entrante, antes de romper filas, tributa honores á la bandera que es depositada en el cuarto del jefe de Parada, se procede á desenganchar las piezas de arillería retirándose el ganado al cuartel, así como también van al suyo los soldados de caballería á quienes no corresponde el servicio de centinelas. Cuando ha de hacerse el relevo de éstos, cada dos horas, va á Palacio un cabo con los números necesarios y una vez cumplida su misión regresa al cuartel con los relevados.

Esta guardia no depende de la Plaza, y sí únicamente del Comandante General de Alabarderos, teniendo por consigna vigilar el exterior del regio Alcázar y hacer honores, los sábados al salir S. S. M. M. á la Salve del Buen Suceso, cuando van á Palacio las Mesas de los Cuerpos Colegisladores para que el Monarca sancione las leyes votadas en Cortes, ó cuando llegan reyes y príncipes extranjeros ó embajadas extraordinarias.

Los demás días no tienen que formar, pues de ordinario, los Reyes, Infantes, Ministros y altas autoridades, entran y salen por la puerta del Príncipe, que da á la Plaza de Oriente.

El jefe de Parada sube á comer con Sus Majestades.

La guardia interior del Palacio está encomendada al Real Cuerpo de Alabarderos, que coloca centinelas en las galerías, antecámaras y saletas de aquella suntuosa morada, donde parece respirarse todavía la atmósfera de grandeza, gloria y poderío que cercaba un día á aquel solio que impuso leyes á los demás.

Muchas anécdotas existen sobre estas guardias; tan ligadas con no pocos hechos de la historia patria, sólo citarlas alargaría sobradamente este artículo, cuyo objeto se encamina á describirlas para conocimiento de quienes no han tenido ocasión ó curiosidad de asistir á su relevo.

Recordaremos no obstante, que en estos últimos años, al verificarse la parada, véase casi todos los días detrás de los cristales, en los balcones que caen sobre la puerta principal, una figurita esbelta y simpática, un rostro juvenil, iluminado por unos ojos vivos de mirada inteligente, y por una dulce y atractiva sonrisa. Era nuestro joven rey Alfonso XIII que, educado en los severos principios de virtud, culto á la patria y amor á las instituciones militares por su augusta madre—cuya gestión en los negocios públicos se encargará la historia de encomiar—mostró desde muy niño gran predilección por las cosas de la milicia, y se aso-

maba afanoso de saludar la santa enseña nacional y de ver aquella pequeña porción del ejército que iba á dar guardia á su alcázar, y á rendir á su persona el homenaje debido al que encarna la representación suprema de la autoridad.

En tales ocasiones adquiría la escena mayor relieve y quien la presenciaba, veía algo sublime en el trivial acto de relevarse una guardia; es que allí estaban los elementos que constituyen la hermosa trabazón de la nacionalidad; lo que trae á la mente el recuerdo de glorias del pasado y risueñas esperanzas para lo futuro.

El *Pueblo*, masa anónima, con todas las virtudes y defectos de la raza española, pedestal firmísimo donde asienta el solio real.

El *Ejército*, expresión de la fuerza noble; del deber abnegado; apoyo de la justicia, del legislador y del soberano, salvaguardia de toda ley y derecho.

El *Rey*, imagen de la autoridad que emana de Dios; padre de sus vasallos grandes y pequeños, y jefe supremo de la nación.

Cobijando á todos la bandera roja y gualda que abrumada de laureles se paseó triunfante un día por todo el planeta, recibiendo pleitesía de naciones y monarcas humillados, de ejércitos vencidos, y de ciudades y plazas conquistadas, y como fondo del cuadro el soberbio monumento que levantó la fastuosa esplendidez de Felipe V (1) y donde se han ido acumulando tanta riqueza y tantas obras de arte, gallarda muestra del exquisito gusto de nuestros monarcas y del mérito de nuestros artistas.

El momento de retirarse las banderas á los acordes de la marcha real resultaba ciertamente conmovedor y solemne. El rey y sus acompañantes las saludaban, y el público, presa de cierta emoción á que en ocasiones no puede sustraerse el *espíritu más fuerte*, dirigía sus miradas á Palacio, pensaba en aquellos hechos hazañosos que hoy se ven á través de un velo de tristeza cual visión alhagadora que se pierde en las borrosas lejanías de un tiempo que pasó, y soñaba con un porvenir dichoso durante el reinado de aquel niño que iba á ocupar el trono de los Fernandos, los Jaimes y los Alfonsos, de perdurable memoria.

Cuando esto lean nuestros lectores habrá comenzado ya el nuevo reinado.

Quiera Dios, en cuyas manos está el destino de gobernantes y gobernados, que aquellos deseos y aspiraciones se realicen, que cesen las pruebas á que ha sido sometida nuestra fortaleza, y después de las de-

(1) En el mismo sitio, á la parte occidental de la villa, se elevaba en lo antiguo el Alcázar de Madrid, obra de Alfonso VI según unos, de Pedro I según otros, pero destruido por horroroso incendio en la Noche Buena de 1734, Felipe V que reinaba entonces, determinó construir en su lugar un palacio que superase en magnificencia á cuantos existieran. Acudió á los famosos arquitectos italianos Jubara y después Sachetti, que trazaron los planos y aprobados por el rey se colocó la primera piedra el 7 de Abril de 1737. El primitivo proyecto era de tan colosal grandiosidad, que lo actual constituía sólo el ala derecha; después de la anchurosa plaza de Armas debía venir el cuerpo principal; otra plaza de iguales dimensiones; y un edificio semejante al que vemos, formaba el ala izquierda, y todo unido en su parte posterior por inmensos jardines. Era imposible realizar plan tan vasto y no obstante la parte hecha obligó á Napoleón, cuando subía la escalera de este maravilloso edificio, á exclamar volviéndose á su hermano José: «Vous serez mieux logé que moi». Además cuentan que, colocando nerviosamente la mano sobre uno de los leones de mármol blanco que hay en el primer descanso, añadió con expresión de orgullo: «Je la tiens enfin cette Espagne si désirée.»



solaciones sufridas, sea Alfonso XIII iris de paz y de ventura para esta nación querida.

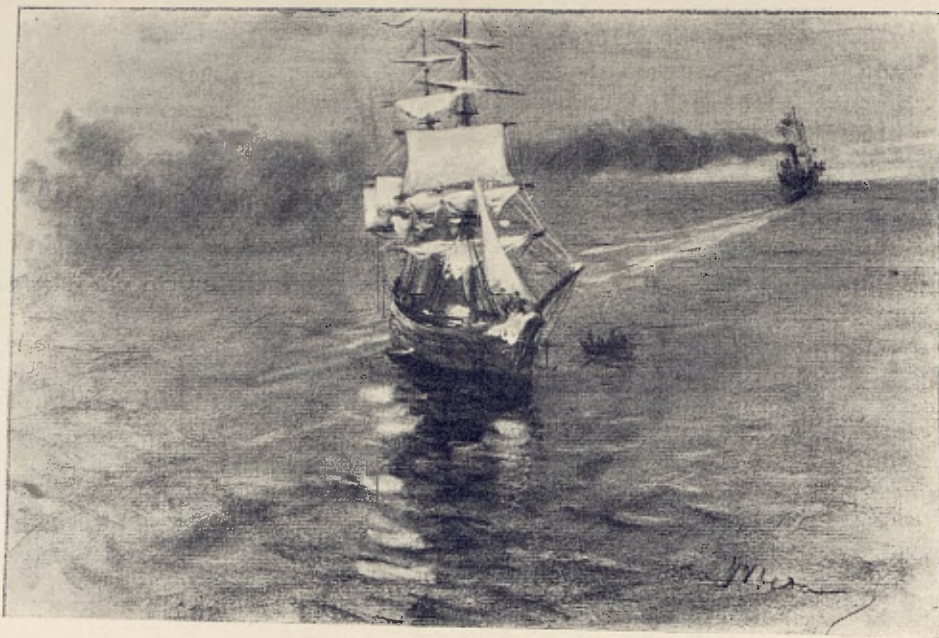
¡ Ojalá que, impulsados por el cariño al viejo solar español, comprendamos todo lo que de consuno exigen el bien de la intangible patria y los propios intereses y dando asiento en el corazón á sentimientos de concordia, nos agrupemos alrededor del trono donde brillan

la tradición y las virtudes, hermanadas con cuanto tiene de noble, de fuerte y de generoso la juventud!

Confiamos que el Señor premiará tan nobilísimos esfuerzos y veremos renacer una nueva España en que se reflejen fielmente las glorias de otras épocas más poderosas y felices.

EDUARDO DE OLIVER-COPONS





EL AVATAR DE LILÍ

POR MANUEL LASSALA

SOBRE la tersa superficie del Océano Índico en calma chicha, bajo un sol de rayos verticales, el vapor correo *Asia* pasaba muy ligero, á treinta brazas por la aleta de babor de un bergantín ruso extremadamente pintoresco. El velero iba vestido con la ropa de las grandes ocasiones: juanetes, sobrejuanetes, alas y arrastraderas. Sin duda los tripulantes del bergantín filosofaban sobre la eternidad y la virtud de la paciencia, para no dejarse llevar por todos los diablos. Los que se divisaban en el alcázar de popa (me refiero á los navegantes, no á los diablos) no se dignaron levantarse de sus asientos para asistir al raudo paso del empenachado vapor, pero sus caras lánguidas y la envidiosa mirada de sus ojos aburridos, delataban sus sentimientos melancólicos. Uno asestó los gemelos hacia la toldilla del *Asia* y pareció consolarse algo con lo que allí descubría. Realmente, el hombre que navega tiene pocas ocasiones para repastar su vista en mujeres de la pinta de doña Pelos.

Más tumbada que sentada en un vasto sillón de Singapoore, la rubia misteriosa, conocida á bordo del *Asia* por doña Pelos, mostraba con todo su realce y poderío las formas tentadoras de su carne rolliza, sobre la cual el calor de los trópicos no consentía exceso de ropa. Las exigencias del pudor quedaban satisfechas con una sutilísima bata azul celeste. No era mala visión, así para poco y desde lejos. Sobre el pecho de la dama, rebullía una cosa blanca, lanuda y removiente, aposentada en aquel seno abundoso: era el inclito Lilí.

En la toldilla del *Asia* los pasajeros miraban con burlesca sonrisa el bergantín atascado y, entre ellos, Pepe Gatera le decía con su media lengua gaditana al sobrecargo:

—Compae, ayúdeme usted á saltá, arrempuje un poco, que me voy con eso ruso, á ve si me divierto.

—¿Necesita usted carbón? gritó el sobrecargo, poniéndose las manos en la boca como un portavoz.

Este chiste no obtuvo el éxito que su autor esperaba.

—Diga usted, señor de Gatera — preguntó Florez — ¿cuantos años tardará en acogerse á puerto ese barco tan bonito?

—Ande usted, guasón, que siempre ha de andá usted echando cuenta. Eso ruso tienen buena sombra y de aquí ar fin der mundo no fartará un ciclón que venga á empujarlo por la popa.

La risa con que los pasajeros acogieron esta majadería mostró que Gatera llevaba gran ventaja al sobrecargo en concepto de popularidad. Alentado por esta acogida, el gracioso se dirigió á doña Pelos:

—Señora, por María Santísima, dígame usted argo á ese ruso que la está fusilando con lo gemelo. Póngase usted mejó, que va á matá ar perro.

La risa de los pasajeros se acentuó más. La dama de la bata azul no quiso contestar al gaditano: echóle una mirada rabiosa y besó al perrillo en la boca.

Entretanto, el buque correo trabajaba gallardamente su tingladura: la hélice barrenaba la superficie lisa del mar con terquedad simpática y pronto se perdió de vista al velero. El agua resplandecía como una hoja de metal, sin una arruga, reflejando el cálido azul del cielo: la suave corriente de aire producida por el desplazamiento del buque bastaba para refrescar los ardorosos cuerpos de aquellos españoles en travestía para Filipinas. Pero, con todo, la atmósfera moral á bordo del *Asia* no tenía nada de placentera. El pasaje se aburría, embotado por

la calma y las enormes digestiones; el malhumor era general y un rencor sordo llenaba el buque desde la roda al codaste, inspiraba los gestos y las miradas, teñía de hiel las pocas conversaciones de los combarcanos. La tripulación tampoco estaba de mieles: los hombres de máquina reñían con los hombres de cubierta; el capitán no saludaba al primer maquinista, y hasta se permitía mandar algún recado como este:

—Dice el capitán que no puede dormir hace dos ó tres noches por causa del estrépito infernal que arman ustedes ahí bajo; que no comprende que diablos están ustedes haciendo en la chocolatera.

El doctor y el sobrecargo tenían serios agravios que ventilar *cuando llegasen á tierra*; el páter ponía mala cara al mayordomo y el contraestrete hablaba de cortar le las orejas al gambucero. Eran días de tirria y malquerencia.

Los españoles no tenemos tan desarrollada como los franceses la protuberancia de la reclamación, pero aun así, el reclamar incesante de todos y cada uno era insufrible. Las señoras de la camareta mareaban á la oficialidad con sus quejas inacabables, apelando á la caballerosidad legendaria de nuestra raza. Unas veces formaban

liga y manifestación tumultuaria para que se prohibiese á la teniente de caballería el roncar en un diapasón ofensivo: otras veces reclamaban contra los niños de doña



Paca que no guardaban en la camareta la pulcritud y decencia propias de tan excelso lugar: cierto día pidieron la separación de la linda Rosaura, pero los motivos de esta queja parecieron insuficientes al capitán. Florez, oficial tercero de Aduanas, reclamaba la separación del pasajero que dormía en la otra litera de su banda ó que se le obligase á mudarse con más frecuencia los calcetines. El coronel Dauñón quiso hacer responsable al sobrecargo de unas palabras impertinentes que le oyó á la señora de un mentecato que iba de juez á Ilo-Ilo.

En los veinte días de navegación todo el poco dinero del pasaje había pasado al bolsillo de dos *puntos filipinos* que pasaban por afortunados tresillistas y este sí que era un mal asunto, un tristísimo asunto: las señoras estaban aburridas y nerviosas en una sociedad donde el amor es imposible porque toda conversación tiene su espía y toda cita sus testigos. Para colmo de males, el calor era insufrible y no se podía bailar: de nada servía haber subido el piano desde el salón á la toldilla, porque faltaba quien supiese tocarlo: la teniente solía de vez en cuando manotear encima de las teclas, como si fuese á empezar un nocturno, mas Lili, el perro de doña Pelos, era demasiado sibarita para tolerarlo y se echaba á ladrar como si le tirasen del rabo. La rubia misteriosa acudía entonces al perro con tal diluvio de besos extremos, que á los pasajeros les entraba basca y suplicaban á la teniente que lo dejase para otro rato. Pepe Gatera, el guardia marina, tocaba de oído, pero su repertorio no carecía de variedad; se pensó en él. Desgraciadamente, háblale entrado de pronto una violenta pasión por Rosaura y ya no era un hombre; era un duende. Absorto en sus recónditos planes amorios, vivía misteriosamente y sin sosiego, visitaba las profundidades

más inverosímiles del buque, cruzaba como un espectro por todas partes, recatándose de ser visto, pegaba la hebra con el sereno, subía al puente con el piloto de guardia... Las señoras de la camareta pasaban de noche algunos sustos, porque resultó que la pobre Rosaura era sonámbula. ¡Qué miedo!

Tal era el malhumor y el fastidio que se había apoderado del pasaje, que el sonambulismo de Rosaura no logró sacar á nadie de su apatía. Era absolutamente preciso inventar algo que volviese á los rostros la risa olvidada y les despojase de su tiesura. Comprendiéndolo así, algunos varones ingeniosos formaron un conciliábulo terrible. Trabajaban insidiosamente al redorso de la caseta del timonel, ó en el castillo de proa, ó en el hueco de los botes salvavidas, ó en cualquier parte, en fin, donde no hubiera moros en la costa. El primer decreto del poder oculto excluyó de la conspiración á las señoras, mas á instancias de Pepe Gatera, que se unió á la conjura en cuanto hubo barruntos de gresca, se añadió un artículo al decreto para exceptuar á las buenas *jembas*. En tal concepto fué admitida Ro-

saura y empezaron con gran actividad los trabajos. Dirigiólos el teniente Rodrigo, natural de Murcia, y ejecutáronlos Suarez, un contador de fragata vizco y malcasado, los dos amantes, el doctor de á bordo y el páter, que se agregó á última hora.

Doña Pelos pertenecía á la camarera, pero no hacía migas con nadie. Venía muy recomendada al capitán y era la mujer más cargante que ha cruzado los mares: alta, blancota, de cabello rubio algo cobrizo, muy rizado y profuso y suelto y derramado: se suponía que era soltera y que ya no cumpliría los cuarenta. Según cierta hipótesis, el color del pelo era teñido y, según otra, se había tragado de moza el palo del molinillo y aun lo llevaba dentro. Gastaba un perpétuo mohín despreciativo y unas miradas olímpicas que asombraban al pasaje: apenas hablaba; su distracción era leer ú hociquearse con el perro. El pobrecito Lili era una monada, blanco como la nieve, de lanas tan crecidas que le tapaban los ojos y las patas. Por gruñón, por goloso y mal educado era un perrillo antipático, digno apéndice de doña Pelos. Esta lo llevaba sujeto con un cordón azul que no soltaba nunca de la mano.

A todo esto el poder oculto atisbaba en la sombra, y un par de ojos malignos vigilaba por turno á la víctima expiatoria, mientras en medio del aire inflamado y de la mar en reposo, el *Asia* se mantenía á flote sobre el abismo, con todo aquel drama en el vientre.

La digestión del almuerzo es uno de los trámites que piden más quietud en un viaje trasatlántico, cuando el sol se empeña en abrasar los toldos mojados y no hay cristiano que resista el calor de los camarotes. Se ve entonces al pasaje diseminado en la toldilla, durmiendo en las mecedoras al arrullo del truntrún de la hélice.

Doña Pelos se había dormido plácidamente al redorso del palo mayor. El perrillo tomaba también su siesta, arrollado á los pies de la rubia. Mas en la laxitud de su modorra hubo de abrir la mano la infeliz señora, aflojése el cordón azul, se escurrió sobre la falda y cayó sobre cubierta. En el mismo instante, Rosaura cogió á Lili y desapareció por la escalera de la cámara.

La operación se llevó á término en el camarote del médico. Gatera y los demás conjurados llegaron á punto: eran tantas las manos, que faltaba perro y fué menester acudir á la ley de la distribución del trabajo. En un periquete esquilaron al animal entre Suarez y el teniente Rodrigo: luego Rosaura le dió una jabonadura y Gatera procedió á afeitarlo prestamente con maquinilla americana. El doctor dió el último toque á la obra magna pintando al bicho del hocico al rabo con tinta violeta instantánea. Merced á la previsión admirable de Rodrigo, todas estas delicadas manipulaciones quedaron terminadas en breves minutos, y el pobrecito faldero, disminuído en ter-



cio y quinto, morado como una berengena y provisto de su cordón, fué depositado por Rosaura á los pies de doña Pelos, la cual continuaba beatíficamente su sueñecito olvidada de la profunda máxima del loco: *el que tenga enemigos que no duerma.*

El pobre Lili saltó inmediatamente al regazo de su ama y la despertó con sus ladridos. ¡Oh númenes sagrados! ¿Quién es capaz de describir el asombro, el horror, la ira que se sucedieron en el rostro de doña Pelos? ¿Quién acierta á ponderar la soberbia patada con que arrojó de sí aquel bicho intruso, aquel enjendro asqueroso que usurpaba el puesto á su adorado Lili? ¿Y quien no concibe la risa homérica de los combarcanos, la risa inextinguible y franca, la ruidosa manifestación de alegría con que fué acogido el chasco? Todos los tripulantes que no estaban de servicio acudieron á reirse juntos, y en la soledad imponente del mar resonaban las carcajadas ahogando el ruido de la hélice, y todo el buque, desde la roda al codaste, se estremecía de gusto y recobraba el buen humor, como si no anduviese sobre un abismo.

LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)

LAS estocadas llovían sobre su cuerpo. Muchas mujeres de héroes lloraron en estos momentos: levantando su escudo, apretó las correas é hizo correr arroyos de sangre sobre más de una cota de mallas.

«¡Desdichado de mí! qué sufrimiento,» exclamó el hijo de Aldriano. «¡Retroceder ahora, guerreros hunos! Dejarme tomar el aire, que el viento me refresque, porque estoy muy fatigado del combate.» Y vióse al héroe avanzar resueltamente.

Cansado de luchar, se precipitó fuera de aquella sala. ¡Cuántas espadas resonaron sobre su casco! Los que no vieron las maravillas hechas por su brazo, se precipitaron al encuentro del guerrero del país de Borgoña.

«Dios quiera, dijo Dankwart, que yo tenga un mensajero, para hacer saber á mi hermano Hagen á que extremo me reducen los que me atacan. Él me libraría de ellos ó caería muerto á mi lado.»

Los Hunos le respondieron: «Tú mismo serás el mensajero, cuando te llevemos muerto ante tu hermano. Entonces el hombre de Gunter conocerá por fin el dolor. Tú has causado aquí muchos males al rey Etzel.»

Dankwart replicó: «Cesad en vuestras amenazas y alejaos de mí, ó inundaré aún de sangre la coraza de más de uno de entre vosotros. Yo mismo iré á la corte á dar la noticia y me quejaré á mi señor de vuestros furiosos ataques.»

Se defendió tan vigorosamente contra los hombres de Etzel, que ya no osaron atacarle con la espada. Lanzaron sus picas contra su escudo, que se puso tan pesado, que se vió obligado á dejarlo caer.

Creyeron vencerle ahora que no llevaba escudo, pero les hizo muchas profundas heridas á través de sus cascos. Muchos hombres valientes cayeron á sus piés. El atrevido Dankwart adquirió mucha gloria.

Por ambos lados se precipitaron sobre él, pero más de uno se lanzó demasiado pronto al combate. Corrió ante sus enemigos, como corre el jabalí ante los perros en la selva. ¿Podía mostrarse más valiente?

Señaló su camino humedeciéndolo con la sangre que vertía. Jamás un guerrero sólo ha combatido sus enemigos mejor que él lo hizo. Se vió al hermano de Hagen dirigirse fieramente hacia la corte.

Los reposteros y escanciadores, al oír el ruido de las espadas, dejaron caer de sus manos el vino y las viandas que llevaban á los convidados. Él encontró ante las gradas de la escalera muchos vigorosos enemigos.

«¡Qué es esto! reportáos, dijo el héroe fatigado, pensad en servir convenientemente á vuestros huéspedes, llevad buenas viandas á esos héroes y dejadme dar noticias á mis queridos señores.»

Entre los que, confiando en su fuerza, se avanzaron ante los escalones, pegó algunas tan fuertes estocadas, que todos por temor volvieron á las escaleras. Su poderosa fuerza había hecho grandes prodigios.

XXXIII

DE COMO LOS BORGOÑONES SE BATIERON
CONTRA LOS HUNOS

Cuando el esforzado Dankwart llegó ante la puerta, mandó al acompañamiento de Etzel que se hiciera atrás. Todo su vestido estaba manchado de sangre y en la mano llevaba desnuda su acerada espada.

En el mismo momento en que Dankwart llegaba á la puerta, pasaban á Ortlieb el elevado príncipe de mano en mano por la sala sobre las mesas: aquellos terribles acontecimientos causaron la muerte del niño.

Dankwart gritó al guerrero: «Permaneceis sentado mucho tiempo, hermano Hagen, y á Dios del cielo y á vos me quejo de nuestra desgracia; caballeros y escuderos han sido asesinados en sus alojamientos.»

El interpelado contestó: «¿Quién ha hecho eso?» «El guerrero Bloedel y los que iban con él, pero he de decir que lo ha pagado caro: con estas manos he hecho rodar su cabeza.»

«Es una desgracia insignificante», respondió Hagen, «cuando nos dan la noticia de que un guerrero ha sido matado por un héroe: menos tendrán que sentir las hermosas mujeres.»

«Pero decidme, querido hermano, como estáis tan ensangrentado? Me parece que vuestras heridas os causarán gran dolor. ¿Quién os las ha inferido en este país? Aunque el negro demonio venga en su ayuda perderá la vida.» «Como veis, no tengo herida ninguna: mi traje está húmedo de sangre, pero es de las heridas de otros buenos guerreros. He matado á tantos hoy que no podría contarlos aunque me tomaran juramento.

Él le dijo: «Hermano Dankwart, guardad la puerta y no dejéis salir un solo hombre de los Hunos. Quiero hablar á esos guerreros como la necesidad nos obliga á hacerlo: nuestro acompañamiento ha recibido de ellos una indigna muerte.»

«Por cuanto soy camarero,» dijo el hombre esforzado, «creo que podré servir bien á tan ricos reyes; guardaré esta bajada con honor.» A los guerreros de Crimilda no podía suceder cosa peor.

«Me causa admiración,» dijo de nuevo Hagen, «lo que aun dicen entre sí los Hunos: creo que bien quisieran prescindir del que guarda la puerta y del que ha traído á los Borgoñones la horrible noticia.»

«He oído decir desde hace mucho, que Crimilda no podía olvidar las aflicciones de su corazón. Ahora bebamos por el amor y paguemos el vino de Etzel.»

A Ortlieb el niño dió tan fuerte tajo, Hagen, el valeroso héroe, que la sangre corrió á lo largo de la espada y la cabeza fué á parar á las rodillas de la reina. Entonces principió entre los guerreros una grande y espantosa carnicería.

Dió tan fuerte golpe al camarero que tenía al niño en las manos, que al momento cayó la cabeza á sus piés debajo de la mesa; triste era la recompensa que deba á aquel maestre de la corte.

Vió cerca de la mesa de Etzel á un músico y dirigiéndose hacia él con cólera, dejóle caer la mano derecha sobre la viola: «Esto es por el mensaje que llevastes á Borgoña.»

«¡Ah! ¡mi mano!» exclamó Werbel el músico de Etzel: «Señor Hagen de Troneja, yo ¿qué os he hecho? Yo fuí con la mayor buena fe al país de vuestros señores; ¿como podré hacer resonar los acordes, ahora que he perdido mi mano?»

A Hagen le importaba muy poco el que nunca volviera á tocar. Poseído de horrible furor hirió á muchos guerreros del rey Etzel, y dejó muertos en la sala á muchos de ellos.

Volker se levantó de la mesa de un salto é hizo crugir en sus manos el arco. El músico de Etzel hacia escuchar sonos horribles. ¡Oh! ¡cuántos enemigos se hizo entre los fuertes Hunos!

Se levantaron de la mesa los tres ricos reyes: ellos hubieran querido separar á los combatientes, antes que ocurrieran más desgracias. Pero nada pudieron evitar, pues la cólera de Volker y de Hagen era muy grande.

Viendo el rey del Rhin que no podía evitar el combate, hizo también profundas heridas á través de las bruñidas corazas de los enemigos. El héroe era esforzado y lo hizo ver de una manera horrible.

También se lanzó al combate el fuerte Gernot, y dió muerte á muchos guerreros Hunos con la acerada espada que le había regalado Rudiguero. Muchos males causó á los guerreros de Etzel.

El más joven de los hijos de la señora Uta, se arrojó también en la contienda, y lanzó su brillante javalina á través de los yelmos de los guerreros del rey Etzel del Huneland. Grandes prodigios realizó la mano del fuerte Geiselher.

Por arrojados que fueran los reyes y sus gentes, siempre se vió á Volker delante de todos, haciendo frente al enemigo; era un héroe valeroso. Hizo rodar á muchos heridos, bañados en su propia sangre.

Con un vigor indecible se defendieron los soldados de Etzel. Los extranjeros lo recorrían todo esgrimiendo á su alrededor las aceradas espadas, y por todas partes se oía espantoso ruido de gritos y lamentos.

Los que estaban fuera, querían entrar al lado de sus amigos, pero avanzaban muy poco hacia la puerta. Los que estaban dentro querían salir de la sala; Dankwart no dejaba á ninguno ni subir ni bajar.

Junto á la puerta se formó una enorme barricada, y las espadas crugían al caer sobre los cascos. El fuerte Dankwart estuvo en gran peligro, pero su hermano veló por él con grande afecto.

Hagen gritó á Volker en alta voz: «Compañero, mira allá abajo como lucha mi hermano contra muchos Hunos. Salva á mi hermano, amigo mío, ó perderemos al héroe.»

El músico le respondió: «Inmediatamente lo haré.» Y esgrimiendo el arco comenzó á atravesar la sala: una terrible espada llevaba desnuda en la mano y resonaba á los golpes. Los guerreros del Rhin hacían lo mismo en el interior.

Volker el fuerte dijo á Dankwart: «Habéis sufrido aquí fuertes ataques, y vuestro hermano me encarga que venga en vuestro socorro. Poneos detrás de mí, yo me pondré á la parte afuera.»

Dankwart el atrevido se puso fuera de la puerta, y arrojaba por la escalera á los que se le presentaban para subir. Las fuertes espadas resonaban en las manos de los héroes. En el interior hacia lo mismo Volker el borgoñon.

Así gritó el fuerte músico por encima de todos: «La casa está muy bien cerrada, amigo Hagen; han corrido los cerrojos á la puerta del rey Etzel las manos de los héroes y ellas valen más que mil barras.»

Cuando Hagen de Troneja vió la puerta tan bien guardada, el atrevido buen héroe se puso el escudo á la espalda, y comenzó á vengar los males hechos á sus amigos. Su cólera era terrible, muchos caballeros perecieron en el combate.

Cuando el señor de Berna vió maravillado que Hagen hendía tantos yelmos, el rey de los Amelungos gritó desde su banco: «Aquí vierte Hagen la más amarga de las bebidas.»

El rey estaba en gran cuidado, su esposa desolada. ¡Cuántos queridos amigos fueron matados ante sus ojos! El mismo pudo librarse con mucho trabajo de sus enemigos. Estaba sentado con gran angustia: ¿de qué le servía ser rey?

Crimilda la rica, gritó á Dietrich: «Sálvame la vida, noble caballero, por todos los príncipes que habitan el Amelungo, pues si Hagen me alcanza me dará muerte al instante por su mano.»

«¿Como ayudaros aquí, noble reina?» le respondió Dietrich, «Tengo que defenderme yo mismo. Tan grande es la cólera de los que acompañan á Gunter



que en este momento no puedo salvar á ningún amigo.»

« En manera alguna, señor Dietrich, noble y buen caballero. Poned hoy de manifiesto vuestro valor y virtud ayudándome á salir, pues sino me darán muerte. Salvadme á mi y al rey, ó de lo contrario pereceremos.»

« Quiero probar si me es posible ayudaros: ha mucho tiempo que no he visto en parte ninguna tantos caballeros enfurecidos de esta suerte. ¡ Yo veo salir la sangre á través de los yelmos á cada tajo ! »

Con toda su fuerza comenzó á gritar el caballero en tan alta voz, que resonaba como un cuerno de bisonte, y toda la ciudad retemblaba. La fuerza de Dietrich era horriblemente grande.

Escuchando el rey Gunter gritar á aquel hombre sobre la tempestad, prestó atención y dijo: « La voz de Dietrich ha llegado á mis oídos: nuestros héroes deben haber matado á alguno de sus guerreros.»

« Lo veo sobre la mesa haciendo señas con la mano. Amigos y parientes míos de Borgoña, haced alto en el combate, dejadme escuchar y ver lo que han hecho á Dietrich mis hombres.»

Entonces el rey Gunter, mandando y rogando, consiguió que cesaran las espadas en el combate, é hizo aun un esfuerzo mayor para que nadie hiriera. Pidió al de Berna que le dijera lo que ocurría.

Le dijo: « Muy noble Dietrich, ¿ qué os han hecho mis amigos? Estoy dispuesto á vengaros y á recompensaros. Cualquiera cosa que os hayan hecho, será para mí una amarguísima pena.»

El noble Dietrich le respondió: « A mí no me han hecho nada. Dejadme salir en paz de la sala con mi acompañamiento, y que abandone esta horrible lucha. Siempre os quedaré agradecido, guerrero.»

« ¿ Por qué suplicar tan pronto? » preguntó Wölfhart. « Ese músico ha cerrado la puerta de una manera tan fuerte que no podemos abrirla, tan ancha como es.» « Callaos pronto » le dijo Dietrich. « Estáis haciendo de demonio.»

El rey Gunter le respondió: « Quiero permitirlo: sacad de la sala muchos ó pocos, pero que no sean mis enemigos; esos deben quedar aquí, pues me han hecho gran mal en el país de los Hunos.»

Cuando escuchó esto el de Berna, tomó del brazo á la noble reina cuya angustia era grande; del otro lado tomó á Etzel y salió de la sala. Muchos más guerreros acompañaron á Dietrich.

Así dijo el margrave, el noble Rudiguero: « Si alguno más de los que están en la sala y os sirven quieren salir, hacédnoslo saber: una paz constante debe reinar entre buenos amigos.»

A estas palabras de su suegro respondió Geiselher: « Paz y buena fe reinarán entre nosotros, pues nos habéis sido fieles vos y vuestra gente. Salid de aquí sin ningún cuidado con vuestros amigos.»

Cuando el margrave Rudiguero salió de la sala de Etzel, lo siguieron quinientos hombres ó más. Los héroes habían consentido con buena fé, pero luego resultó desgracia para el rey Gunter.

Viendo un guerrero Huno salir al lado de Dietrich al rey Etzel, quiso marchar también, pero el músico le dió tan horrible tajo, que su cabeza fué volando á los pies del rey.

Cuando el rey del país hubo pasado la puerta de la sala se volvió y dijo mirando fijamente á Volker: « ¡ Terrible desgracia es para mí la llegada de esos huéspedes: por

ellos todos mis guerreros tienen que recibir la muerte ! »

« ¡ Desgraciada fiesta! añadió el elevado rey: dentro hay uno que se llama Volker, que se bate como un furioso jabalí y es músico; yo no me he salvado, sino librándome de ese demonio.»

« Sus cantos son fúnebres, sus acordes sangrientos y á sus sonos mueren muchos héroes. No sé por qué nos odia ese músico, pero en la vida he tenido un huésped más malvado.»

Dietrich de Berna y el margrave Rudiguero, los dos héroes distinguidos, se fueron á sus alojamientos. No querían mezclarse en el combate y rogaron á sus guerreros que no turbaran la paz.

Si los extranjeros hubieran sabido todos los males que los dos habían de causarles, no los hubieran dejado salir tan fácilmente del palacio y les hubieran hecho sentir su fuerza.

A todos los que querían los dejaron salir de la sala. Los extranjeros se vengaron de todo lo que les había ocurrido. ¡ Cuantos yelmos hizo pedazos el fuerte Volker!

El rey Gunter se volvió hacia donde se oía el ruido: « Hagen, ¿ escuchas los cantos que Volker canta á los Hunos cuando se acercan á la puerta? El arco de su viola está empapado de sangre.»

« Siento mucho », respondió Hagen, « haber estado separado de ese guerrero. Yo era su compañero y él el mío; si volvemos algunas vez quiero ser siempre su amigo.»

« Ahora mira, noble rey, como te es fiel Volker; como merece abundantemente tu oro y tu plata. Su arco corta el duro acero y parte sobre los yelmos los adornos que brillan á lo lejos.»

« Nunca ví á un músico que combatiera tan bravamente como hoy lo ha hecho Volker, el guerrero valeroso. Sus canciones se escuchan á través de los yelmos y los escudos: buenos caballos debe montar y vestir magníficos vestidos.»

De todos los Hunos que estaban en la sala ninguno pudo escapar con vida. Cesó el ruido, pues ninguno sostenía el combate; los fuertes guerreros dejaron las espadas con que habían luchado.

XXXIV

DE COMO SACARON LOS MUERTOS DE LA SALA

Después de tan gran fatiga, reposaron los señores. Volker y Hagen salieron del palacio. Se apoyaron en los escudos aquellos bravos, y los dos héroes conversaron largamente.

Así dijo Geiselher, el héroe de Borgoña: « Aun no debemos descansar, queridos amigos: es menester sacar los muertos del palacio, pues en verdad os digo que seremos atacados de nuevo.»

« Es menester que no esten bajo nuestros pies durante más tiempo. Antes que en el combate nos logren vencer los Hunos, les causaremos aún muchas heridas. Esto será para mí » añadió Geiselher « una gran alegría.»

« Feliz yo que tengo estos señores », dijo Hagen. « El consejo que ahora nos dá nuestro joven señor, es digno de un héroe distinguido: por esto, Borgoñones, podéis estar contentos.»

(CONTINUARÁ)

POR ESOS TEATROS

La compañía francesa del Principal: «La Robe Rouge» «Trois femmes pour un mari» «M. le Directeur» «Le gendre de M. Poirier»
— Los demás teatros.

La compañía francesa que, dirigida por M. Vast, actúa en el Principal, ha atraído durante la quincena las miradas de la minoría intelectual que se preocupa en serio de cuestiones teatrales. Y no es que entre los artistas que forman dicha compañía figure ningún genio de fama universal que con solo su nombre llene el cartel, sino por estar constituida por elementos apreciables, acostumbrados á trabajar juntos y á estudiar concienzudamente sus papeles, con el fin de obtener inmejorables efectos de conjunto... En ninguno de ellos se vislumbra ni por asomo el prurito, tan común entre los actores de por acá, de atraer toda la atención de la concurrencia en perjuicio de sus compañeros y del arte. Porque, al cabo y al fin, el hecho de que un artista sea verdaderamente grande, no impide que, cuando le rodean nulidades ó medianías perjudique con su talento avasallador el buen efecto del conjunto. Y donde no existe dicho buen efecto no hay armonía y por ende no hay verdadero arte.

FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA remitida por D. Francisco Santigosa Martí



Santuario del Coll el día de Pascua Florida

Los artistas franceses que forman la compañía de M. Vast, como si estuviesen convencidos de la verdad de la precedente afirmación, sacrifican siempre que se lo exigen las circunstancias, su lucimiento personal al de la compañía. Parecen ruedas de una misma máquina, que se encadenan y se enroscan entre sí para producir entre todas el efecto apetecido.

Y no cabe duda que en toda ocasión consiguen su objeto, como lo han probado de una manera que no deja lugar á dudas, interpretando ante nuestro público los géneros más distintos.

La obra con que debutó la compañía fué «La Robe Rouge», en la que su autor, M. Brioux, pinta al vivo, con indelebles pinceladas, los vicios y preocupaciones que corrompen la pequeña magistratura francesa.

El autor, uno de los que más renombre han adquirido recientemente con motivo de la prohibición por la censura de alguna de sus obras, demuestra poseer un talento dramático de primera fuerza y un caudal de conocimientos no común. Por eso el drama resulta una obra realmente sólida, dejando adivinar la vasta ilustración de Brioux. Este es un autor dramático de excepcionales dotes, que tiene la abnegación de ofrecerlas á sus semejantes, á los cuales procura mostrar con su obra los vicios de la sociedad contemporánea, procurando siempre imbuir en el espectador la idea de perfeccionamiento.

Entre las demás obras estrenadas por la excelente compañía de M. Vast, merece especial recuerdo «Trois femmes pour un mari», comedia *vaudevillesca* basada en un asunto ya sobradamente sobado de puro viejo, pero que ha sido tratado por su autor de una manera original y con verdadera gracia.

También es digno de alabanza el *vaudeville* «M. le Directeur», que habíamos visto arreglada al castellano en uno de nuestros teatros. Con decir que el original está cien leguas por encima del arreglo que nos *sirvió* en Novedades cierta compañía castellana, hay bastante para que el lector pueda formarse una ligera idea de la gracia, la sal y el gracejo que campean en todos los actos de «M. le Directeur».

Las mismas cualidades se observan en «Le gendre de M. Poirier», original de Emilio Augier, en la cual se notan además soberbias condiciones de autor dramático serio de primera fila. La parte cómica y la parte dramática se funden y compenetran tanto entre

sí, que la obra, en conjunto, resulta de un sabor agri- dulce delicioso.

En la interpretación de cada una de las citadas obras mostraron todos los artistas singular discreción, llegando algunos de ellos á alcanzar en sus respectivos papeles legítimos triunfos.

Es verdaderamente de sentir que nuestro público no haya sabido corresponder como era debido á aquellos artistas.

Los demás teatros han ido tirando en general con obras viejas, esperando la conclusión de la temporada que ha terminado estos días en todos ellos. Sin embargo el de Novedades, ha abierto de nuevo sus puertas con la notable compañía del teatro de la Comedia de Madrid. Para la noche del debut, escogió la compañía un regocijado juguete en tres actos titulado «Tortosa y Soler», que fué muy bien recibida por la numerosa y distinguidísima concurrencia que llenaba de bote en bote el local y entre la que se veían las más distinguidas familias de Barcelona.

En el Eldorado habrá debutado uno de estos días Thuiller y en el Gran vía lo ha hecho Carmen Cobefia con la mayoría de los artistas que figuraron al lado del difunto Mario. Todo hace esperar que este verano tendremos una buena campaña teatral, pues, además de las merítadas compañías, tenemos en puerta una italiana, que es muy posible nos visite en julio y de la cual forman parte algunos artistas ya conocidos de nuestro público por haber figurado en la compañía de la notabilísima actriz Italia Vitaliani.

Quiera Dios que no resulten fallidas nuestras esperanzas.

UN ESPECTADOR

HOJEANDO LIBROS

«Arte gradual de lectura y escritura», por D. Primitivo Sanmartí.

La obra del Sr. Sanmartí es de grandísima utilidad, constituyendo uno de los mejores libros de enseñanza que en su género se han producido.

Método, precisión, acierto. He aquí las principales cualidades que hacen recomendable la obra, destinada á prestar grandes servicios á los que se dedican á las sagradas tareas de la enseñanza.

FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA remitida por D. Francisco Santigosa Martí

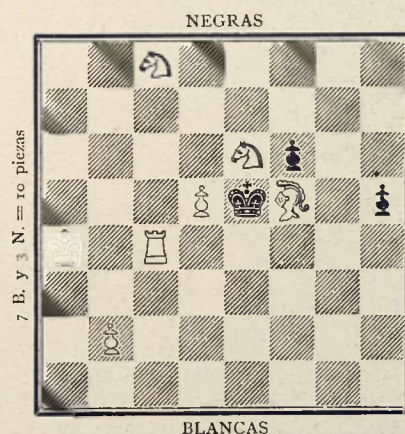


Alrededores del Coll el día de Pascua Florida

Creemos prestar un buen servicio á los señores profesores, recomendándoles la adopción del «Arte gradual de lectura y escritura» que ha sido editado con singular gusto por la casa Bastinos.

SECCIÓN DE AJEDREZ

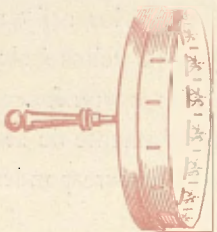
PROBLEMA 48.— H. v. DÜBEN



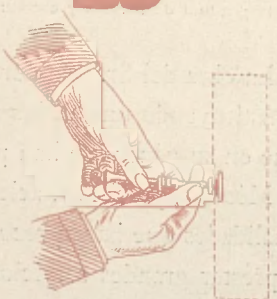
Las Blancas juegan y dan mate en 3 jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA 47, por J. FRIDLIZIUS

I. C 3 A D, etc.



ANIMATÓGRAFO FAMILIAR



Ingenioso juguete que permite estudiar el movimiento de las personas y de los animales.

Los adultos admirarán en él una nueva aplicación de la fotografía animada, á los artistas les permitirá el estudio de varios movimientos y para los niños es un juguete entretenido é instructivo.

PRIMERA SERIE



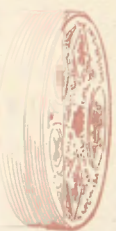
CON DOCE COLECCIONES DE FOTOGRAFÍAS INSTANTÁNEAS

Bailarina, Soldado, Caballo al paso, Caballo al trote, Caballo al galope, Caballo alta Escuela, Cabra Saltando, Elefante, Dromedario, Anade volando, Perro Danés al galope, Cigüeña andando.

Hállase de venta en las principales librerías y en las tiendas de juguetes al precio de

Cuatro pesetas.

Se remite por correo certificado contra el recibo de 475 pesetas en sellos ó libranzas del giro mútuo.



A los corresponsales que pidan 4 ejemplares de una vez se les mandarán francos de porte.